

## EL OIDOR MON Y VELARDE

Este es el nombre del insigne personaje que durmió oculto con el frío del olvido entre los glaciales pergaminos de un archivo viejo, y que últimamente algunos escritores lo han sacado al calor de la luz de la historia y el conocimiento de la presente generación, con el colorido ameno y científico con que engalanan siempre sus obras para levantar y enseñar a los pueblos en el trabajo y la civilización.

Debemos procurar darle el brillo de la realidad a la historia de nuestros primitivos tiempos, tan opaca, tan gris, y sacar de su reconditez aquellos seres tan nobles, que con tanto desinterés y tantos sacrificios fueron ardorosos genitores del progreso, dejándonos mucha parte de su sangre y de su sér.

Por eso nuevamente vuelvo a presentar este célebre personaje, proponiéndome esclarecer algunos puntos en la publicación inconclusa que principié a hacer en "El Historiador", de esta ciudad, con sustanciales reformas, con más precisión y con nuevos datos obtenidos últimamente, haciendo una importante descripción, que está relacionada con el fin principal de la rectificación histórica, para dar a "conocer el pasado tal como fue".

### Sus obras.

El señor Món y Velarde vino de Gobernador a Santa Fe de Antioquia en 21 de agosto de 1785, estuvo en ella hasta el 10 de agosto de 1788 en que se fue para Medellín, y después, en 1789, partió defini-

tivamente para Quito a ocupar la presidencia, dejando en su reemplazo al Gobernador señor Francisco Baraya y la Campa.

Grandes fueron sus desvelos y sacrificios en la prosperidad de esta ciudad, que tenemos que reconocerlos con debido agradecimiento, pues además de todo el progreso que difundió en el resto de la Provincia, mejoró la localidad de esta capital.

Muchas veces el adelanto de los pueblos germina en el cerebro de los grandes hombres, con una anterioridad, con una visión genial, que sólo se comprende y se alaba cuando más tarde se desgaja el fruto de sus obras.

Hay que trasladarse a aquellos tiempos lejanos, imaginar todos los obstáculos de la naturaleza bravía, y de la bravía psicología del temperamento ambicioso de aquellos colonos y de aquella raza primitiva, para poder apreciar con justicia la gran lucha, que con honradez y espíritu cristiano tuvieron algunos conquistadores de buena fe, el valor civil de amojonar los linderos de nuestra primera civilización.

El señor Oidor construyó el piso bajo de la Consistorial con la cárcel que le queda adjunta, anticipando dos mil pesos de sus propias rentas y prestando sus propias bestias para el acarreo de materiales; además fabricó la casa que se llamó la Fundición, porque en ella se depositaban los tesoros reales para convertirlos en barras de oro, y en la cual vivió el célebre Tesorero real Don Antonio del Valle, quien con su muerte en el patíbulo sirvió como víctima de terror al General Córdoba.

Hizo empedrar las calles de la ciudad y construyó la Glorieta como punto de paseo y de distracción. Hizo sembrar la alameda o línea de árboles que sombrea el camino al río Cauca; inició la creación de la Diócesis por depender de la apartada Popayán.

Creó juntas de agricultura para fomentar este importante ramo. Dio dinero propio para que introdujeran semillas de anís y de cacao, y para que se hiciera venir de Quito o Cuba, dos familias que supieran elaborar el cogollo de iraca y tejer el sombrero de paja, por lo que después se conocieron como primeros tejedores al señor Francisco Pérez y después a los señores José y Gregorio Madrid y don Fidel Rivera.

Propendedor por la instrucción pública, fundó escuelas, y ejemplarmente sentado en las gradas del atrio, enseñaba a los niños la doctrina cristiana. Fueron muchas las obras con que más tarde tuvo su auge de prosperidad y de riqueza, Santa Fe de Antioquia.

Toda la Provincia también experimentó con aquella visita grandes beneficios, que fue derramando en los demás pueblos. A Medellín que nació floreciente en su pintoresco valle, también la dotó con edificios y con la fundación del Hospital, y en San Pedro dictó ordenanzas que reglamentaban el laboreo de las minas y el excesivo trabajo de los pobres indios.

El padre y fundador de la futura prosperidad de estas montañas, con inteligencia avizora, instituyó la Diputación de Comercio, o sea el Tribunal para resolver litigios mercantiles; introdujo la circulación de moneda; como hábil estadista creó rentas; dictó ordenanzas de policía e higiene, y supo impulsar los ramos más importantes de aquella época que subsisten todavía. Abrió por su cuenta vías de comunicación; organizó juntas e impuestos de caminos, y envió exploradores al Chocó y a otros lugares que dieran salida al exterior, por lo que es de suponer que por su mente luminosa hubiera pasado como una sombra la hoy Carretera al Mar.

#### **Retrato del señor Món y Velarde.**

En la Sacristía de la Catedral de esta ciudad se encuentra el retrato del señor Món y Velarde, en-

marcado en retablo de dos yardas de altura. Su vestido es la toga, de zapatos con hebillas de oro gruesas y grandes, tiene cuello y puños blancos como los que usan los canónigos; es de una estatura regular más bien alta que baja; su frente es ancha y despejada, con dos entradas en la cabeza; su pelo largo y negro, cae en ondas sobre sus hombros con peinado de bomba, y según antigua costumbre estaba untado con almidón por lo que parece que hubiera tenido canas; sus ojos son grandes y expresivos, de mirada penetrante y reflexiva; su nariz y boca son bien proporcionadas al conjunto de su rostro; tiene afeitado hasta el bozo y no tiene verrugas en la cara; es de una cutis tersa y blanca, que por lo azul de su barba afeitada se comprende que era muy tupida; y todo en él trasluce un temperamento afable y cristaliza su alma lo más profundo de su genio bienhechor.

### El Escudo.

A un lado del retrato se lee al rededor del escudo: **“Estas armas las gané y como fuerte las defenderé”**. En su centro se ve un árbol grande, teniendo al pie un hombre que mira hacia arriba, vestido con una blusa roja, gorro y caturón azules y botas negras, cogiendo con su mano izquierda el horcón, como quien huye de un león que se arrima con la boca abierta y la lengua afuera; y se ven dos espadas caídas al pie del árbol. Se ve una mano sola cogiendo al tronco como saliendo de matorrales donde estuviera escondido su dueño; otra mano también sola tiene entre sus dedos índice y pulgar una rama que parece flexible y que la agitara. En un cuadrado rojo hay tres figuritas indígenas, debajo de él, una gran culebra con la boca abierta y más abajo otro árbol pequeño. Hay dos animales que parecen perros que estuvieran ladrando, y un animal con grandes alas de vampiro, abiertas y extendidas, cuello, cabeza y pico de ave de rapiña, patas largas y cola abanicada. Arriba de este escudo, lo corona un gorro con

plumas de aves de vistosos colores, y todo él parece representar una escena en las selvas vírgenes.

Sin conocimientos para blasonar, creo que este escudo de la casa Món, se puede explicar así: La mano poderosa de la Providencia favorece las selvas vírgenes de América y a sus colonos cubriéndolos bajo su protectora sombra porque son atacados por fieras y vampiros, tienen ellos rendidas las espadas por el suelo, y batiente la insignia de la paz, aguardan con prudencia y fidelidad el progreso y civilización de las Indias de Colón.

Món y Velarde está de frente, abandonada su mano izquierda, abierta y extendida sobre un cerro de cinco libros que tienen sus nombres impresos a lo largo de sus gruesos tomos, así: **"Gobierno Cristiano"**, **"De Minas"**, **"Leyes de Bobadilla"**, **"Lorzano. Política"**, **"Leyes de Indias"**. Estos libros fueron el tesoro de conocimientos de aquel ilustre Oidor, figurando entre ellos la famosa obra llamada de **"Tisón"**, del tiempo de Felipe II de España, época exclusiva de ese reinado que es una arma para los enemigos del catolicismo y una nube ennegrecida en su cielo azul.

En este hermoso cuadro que he venido describiendo minuciosamente, se encuentra con letras claras y grandes, los títulos y dignidades que caracterizaron la elevada personalidad del señor Món: **"El señor don Juan Antonio Món y Velarde Pardo y Cien Fuegos. Colega de la Mayor de Oviedo en Salamanca. Nació en Món, Principado de Asturias a 1o. de Agosto de 1747. Oidor de la Real Audiencia de Guadalajara; promovido a la de Santa Fé. Visitador General de la Provincia y Gobierno de Antioquia. Promovido a la Regencia y Presidencia de Quito y electo para el Real Supremo Consejo de Indias"**.

En una esquina del retablo se encuentra el nombre del pintor que se llamó Pablo Caballero. **"Brigadier Indiarum Cartaginoe"**. Este grado militar co-

respondió al magistral artista que llevó el pincel para dejarnos una obra de arte que debe admirarse por la precisión y la belleza de sus cromos, y del cual existen hermosos cuadros en la Catedral de Bogotá, según el señor Pacífico Coral.

Es de suponer que al regresar el señor Món hizo su retrato en Cartagena de Indias, el que después lo regaló al señor don Juan Esteban Martínez, quien lo conservó en el comedor de su casa al frente de su puesto. Pasó después a su hija doña Sotera Martínez, y de ésta, a don Francisco de P. Martínez, quien bondadosamente lo regaló a la Catedral de esta ciudad, y que se conserva en la sacristía entre la galería de los retratos de los Obispos.

#### Presidencia de Quito.

El señor Món y Velarde reemplazó en la Presidencia de Quito al señor Juan José Villalengua y Marfil el año de 1790, y la ocupó por casi dos años hasta 1791 en que dejó encargado al señor don Luis Antonio Muñoz de Guzmán. Había llevado el encargo de hacer construir en aquella histórica ciudad que fue centro de grandes artistas, las cuatro imágenes del Cristo o Calvario, la Resurrección y las trece estatuas que forman la Cena o Apostolado, esculturales efigies que a través de los tiempos seguirán admirándose en esta legendaria Santa Fé.

Los hermanos doctor don Manuel, don Juan Esteban, doña Rita y doña María Martínez, se repartieron el valor y costo de ellas, pues eran ecuanímenes en ingenuas ideas de progreso y no pensaron jamás que con el altruismo religioso que dejaban con su desprendimiento, marcaban una huella de eterna gratitud. Dieron en pago una fuerte suma y además regalaron una casa al señor Remigio Leal, quien las trajo entonces por el Puerto de Espíritu Santo. Fiel servidor que se enorgullecía por haber cumplido su valioso encargo, y humilde personalidad que aún vive su nombre oculto entre escombros his-

tóricos, que van quedando allá medio escondidos en la lejanía, y que al dejar vagar vertiginosa la imaginación, por esas reminiscencias de cosas pasadas, nos despertamos al presente, con tristes reflexiones de que aquellos tiempos se van alejando siempre y no volverán nunca.

### **Judas Iscariote.**

Nuestro Apóstol es una extravagante fisonomía con siete verrugas en la cara, negras como los siete pecados capitales, estigma con que debieran ir señalados los que traicionan y se venden. En su rostro grande y redondo se transparenta el temperamento de perfidia y malignidad, ennegrecido con hoscos resplandores del embrionario crimen, reflejándose un subido color producido por vapores malsanos que apenas germinan allá en lo más recóndito de su alma y que había de consumarse en el terrible beso. Los besos matan cuando son de Judas!

### **Parangón**

Comparando la fisonomía del Sr. Món y Velarde con la de Judas Iscariote, se ve claramente que no existe semejanza entre esos dos retratos, y además, se sabe por la historia transmitida y relatada por el enviado señor Remigio Leal, que nuestro Judas representa al Presidente sucesor del señor Món, que a la vez recibió el traspaso del encargo. Es importante rectificar este punto, porque eminentes historiadores han dado a conocer que el Judas es el auténtico retrato del señor Oidor, y con ello dejarían para la historia la sospecha de haber tenido el eminente asturiano un temperamento semejante al del apóstol traidor.

### **Curiosa anécdota**

El artífice que se encargó de aquellas imágenes, había recibido dinero adelantado por su fabricación, y como se demorase en terminarlas por ser incum-

plido, intemperante y maula, lo pusieron en la cárcel con todos sus útiles, con el plazo para salir cuando terminara su compromiso. Al cumplirse el trabajo se presentó en la cárcel con otras personalidades el señor Presidente de Quito, a calificar las imágenes, y además el comisionado para recibirlas. Todos iban admirando aquellos hermosos rostros que uno a uno fue descubriendo el mártir escultor, y cuando llegaron a Judas, lanzaron los visitantes súbita exclamación de sorpresa al reconocer en el Iscariote el fiel retrato del señor Presidente de Quito. Todo fue risa, al ver el vengativo desquite del hábil escultor. El amplio y noble mandatario señor don Luis Antonio Muñoz de Guzmán dejó pasar aquella Cena rindiéndole homenaje al arte con su fiel retrato en nuestro Judas que lleva eternamente la ignominia de la traición.

### Su muerte.

Estuvo en tan elevado puesto hasta 1791 en que partió definitivamente para España a ocupar su curul en el gran Consejo de Indias. En el Puerto de Cádiz lo aguardaban sus admiradores con una espléndida comida, pero el buque donde iba retardó un día su llegada por una fuerte tempestad, por lo que dejaron salsas y viandas para el siguiente. Se cree que por haber guardado algunos manjares en bandejas de cobre que se usaban en aquel tiempo, se formó en ellas el acetato del mismo metal, por lo que hubo ocho envenenados, entre ellos el Sr. Món y Velarde, perdiendo la América Hispana a uno de sus más grandes benefactores, que impulsó la administración, el trabajo y la futura prosperidad de estas tierras que llevan todavía la primera túnica de virginidad.

Murió en la sazónada edad de cuarenta y cuatro años, cuando apenas empezaba a coronar los últimos peldaños de sus merecidos triunfos sobre aquellos enemigos que sufrieron la justicia de su celo, y

sobre aquellos émulos envidiosos que lo calumniaron acusándolo con cargos que fueron desvanecidos, como se disipa la sombra a la luz de la verdad.

La mayor parte de estos apuntes los he tomado de la importante obra que publicó sobre tan esclarecido personaje el eminente historiógrafo don Tulio Ospina, quien bondadosamente me suministró los de la muerte, para que los diera a conocer con las anteriores rectificaciones de la curiosa anécdota.

Cuando vamos entrando paulatinamente con la antorcha de la historia por ese pasado ennegrecido, por ese primitivo tiempo pavorosamente gris, y encontramos envueltos en su oscuro manto, a esos portentosos genios, a esos genitores que significaron las primeras costumbres, que avanzaron sus miradas a lo largo de un infinito; y los vemos acurrucados, silenciosos y sombríos, sentimos en el alma las fuertes vibraciones producidas por el ambiente helado que van dejando las generaciones con el soplo del olvido. Por eso queremos depositar la gratitud en el nartésio del recuerdo, por eso queremos rendirle sincero homenaje al señor Juan Antonio Món y Velarde, quien a través de los mares con sacrificios a la espalda, dejó en la cuenca de estas montañas el sagrado sumo de su intelecto y la semilla fecundante del concierto de sus virtudes.

Antioquia, febrero de 1927.

Isidoro Villa